
TARRAGONA

EDUARDO MITRE

A Maisa Doménech

A los pies, el horizonte:
cielo cubierto de agua.
Nubes, piedras y hombres
en la misma barca.

Por todas partes: invitaciones,
tentaciones del espacio.
¿Dónde está Magallanes
para intentar abarcarlo?

Todo moviéndose en su sitio:
las olas en tándem,
las palabras en frases
por tus labios y mis oídos.

Aprender con los dedos
la madurez del amarillo
y la niñez del negro
en el cuerpo del níspero.

El bar es un acueducto.
Fluyo —fluimos—
no por la vía Sacra
ni la de Augusto
sino
por la vía Láctea
y la del vino.

Camino y pregunto:
Estas calles ¿están
a punto de zarpar
o acaban de atracar?

—Pues mire, señor:
Yo mismo, que nací
hace tiempo aquí,
lo ignoro hasta hoy.

De pronto, una quietud
con ramas y viento,
y pájaros posados
en pleno vuelo.

Una sola interrogante
y se rompe el hechizo:
¿Sólo una gota los mares
de sangre de este siglo?

Sábado Santo. El frío
cala los huesos. Ayer
volvió a cambiar de piel
la muerte de Cristo.

Tras la puerta, instantáneas:
las ráfagas del deseo.
En la oscuridad tus senos:
dos albas simultáneas.

Escribo desvelado,
¿con o sin esperanza?
Escribo para mañana
domingo
con o sin ramos.

¿Perdurar con palabras?
Aquí todo declara y asume
su condición de nube.
Incluso las estatuas.

Llegar para comer in situ
el silencio como un fruto,
bien pelado y maduro,
con la mano y por escrito.

Calendario del poema
—si alguno tiene—:
La estación de cosecha
es la de siembra.

Horario de la dicha:
un instante cualquiera
—sin fecha fija
ni cita previa.

A Tarragona se vuelve,
mas no se regresa,
porque el que viene
—aun si se va— se queda.

Quiquiera que seas
y dondequiera estés,
que al menos por una vez
Tarragona te suceda. <